

Alberto Ghirardo

## Evocaciones de España

LAS «MEMORIAS» DE GALDOS

AÑOS DE MADUREZ

### I



HEMOS llegado al año de 1873, época en que Galdós prepara los «Episodios». He aquí el proceso inicial de esta labor: El tomo «Trafalgar», con que comenzó la serie, se publicó en febrero de dicho año, y en el curso del mismo aparecieron los tres siguientes: «La Corte de Carlos IV», «El 19 de marzo y el 2 de mayo» y «Bailén». En el curso del año siguiente vieron la luz otros cuatro, y al principio del 75 terminaba dicha serie con «La batalla de los Arapiles». Diez tomos en total.

«Sin dar descanso a la pluma—dice Galdós—escribí «Doña Perfecta», «Gloria», «Marianela» y «La familia de León Roch». Después y sin respiro, «La desheredada», «El amigo Manso», «El doctor Centeno», «Tormento», «La de Bringas» y «Lo prohibido»... Hallábame yo por entonces en la plenitud de la fiebre novelesca».

Esta fiebre debía durarle toda la vida.

Ahora no se ocupa ya del teatro. Poco ni mucho. No frecuenta las salas de espectáculos. Sabe, en su aislamiento fe-

cundo, de los grandes éxitos de don José Echegaray, a quien lee. No va a las salas donde triunfa «aquel portentoso», que «iba de gloria en gloria, fascinando a todos los públicos». «Pasaron años antes de que yo viera sobre las tablas las obras del gran maestro», anota. De este modo corría el tiempo hasta llegar al 85.

Precisamente en esta fecha, el 4 de febrero de dicho año, escribía Galdós para «La Prensa», de Buenos Aires, un juicio sobre Echegaray, asaz significativo, y que nosotros hemos recogido en «Nuestro teatro», el volumen V de sus «Obras inéditas». En ese trabajo expone Galdós su teoría acerca del realismo en el teatro, esa teoría que él aconsejaba entonces a Echegaray y que él realizaría más tarde. He aquí cómo hablaba Galdós entonces: «Para que el teatro entre con pie derecho en la escuela de la naturalidad es preciso que un autor de grandes alientos rompa la marcha y acometa con recursos de primer orden esta gran reforma. Echegaray que posee la capacidad más vasta que es posible imaginar, es el llamado a marcar este camino. No le faltarían recursos para ello. Necesitaría únicamente atender más a la verdadera expresión de los sentimientos humanos que a los efectos obtenidos por conflictos excepcionales y por combinaciones de parentescos y lugares. Las terroríficas situaciones derivadas de accidentes físicos y de mil circunstancias extrañas al juego de las pasiones, no producen en el ánimo del público impresión tan duradera como las que fácilmente se derivan de los mismos afectos y tienen su mecánica, digámoslo así, no en coincidencias de personas y tiempo, sino en el engranaje de los caracteres, que es la llave del drama eterno que llamamos «sociedad».

Como puede observarse, ya apunta aquí Galdós su inclinación al género realista que más tarde había de cultivar, dando a nuestra escena el tesoro inapreciable de su teatro. «Estaba escrito» que el camino indicado a Echegaray había de seguirlo él para gloria perdurable de la escena española.

## II

En «Pereda y yo», capítulo III de estas «Memorias», nos habla Galdós con donosura de su amistad inalterable con el famoso autor de «Sotileza», a quien conoció el 72, en su primera visita a la capital cantábrica.

«Algunos creen—dice Galdós—que Pereda y yo vivíamos en continua rivalidad por cuestiones religiosas y políticas. Esto no es cierto. Pereda tenía sus ideas y yo las mías; en ocasiones nos enredábamos en donosas disputas sin llegar al altercado displicente... En mi copioso archivo epistolar conservo, como un rico tesoro, multitud de cartas de Pereda, escritas maravillosamente, en aquella su prosa flúida, galana, incomparable».

Es doloroso que estas cartas no puedan darse al público, por inconvenientes interpuestos por los herederos de Pereda.

¿Motivos? Quizás los encontremos en esta afirmación de Galdós hecha en el capítulo que comentamos: «Don José María de Pereda no era tan clerical como alguien cree...»

Por las informaciones que poseemos puede asegurarse que la publicación de esta correspondencia, sostenida durante años entre los dos grandes hombres, nos daría luces reveladoras acerca de ambos, especialmente de Pereda, que vivió más atado a prejuicios e ideas hechas y cuya alta inteligencia encontró esa válvula de escape de la correspondencia amistosa para exteriorizarse, en forma quizás definitiva, digna de ser apreciada por las generaciones de hoy.

¿Hasta qué punto tienen derecho los herederos de los grandes hombres para impedir el conocimiento de estas clases de archivos?

No hablamos aquí, como se comprenderá, de los derechos legales, fuera de toda discusión.

Se trata de una cuestión de índole puramente moral.

Las Memorias de hombres como Pereda y Galdós, dadas sus magnitudes, pertenecen ya a la nación de que son hijos, al país donde se forjaron sus nobles y fecundas vidas, al pueblo donde vivieron, cuyas costumbres reflejaron, cuya fuerza asimilaron, devolviéndola en luz, en las páginas de sus grandes libros; y es la nación, es el país, es el pueblo quienes tienen derecho al tesoro artístico que dejaron por herencia inapreciable.

Pues bien, dentro de esa herencia están las cartas de que hacemos mención aquí, llenas de un interés no sólo familiar, íntimo, sino público, universal.

Pónganse ellas en manos de hombres discretos, de escritores con responsabilidad; resérvense las familias el derecho de intervenir en la selección, así como de aprovechar en el rendimiento económico de las ediciones, pero no se nieguen en redondo facultades a una publicidad que, como en este caso, sería de tanta importancia para el total conocimiento de una personalidad del prominente relieve de la de Pereda.

En este mismo capítulo habla Galdós de su viaje a Portugal, que le diera tema para aquellas sabrosas y sugestivas narraciones sobre el país hermano, recogidas por nosotros en el volumen «Viajes y fantasías», correspondientes al IX de sus «Obras inéditas».

### III

Es entonces que, de regreso de este viaje, coge de nuevo la pluma y, con elementos reunidos de antemano, se pone a escribir «Fortunata y Jacinta», una de sus admirables novelas madrileñas, que también interrumpe para realizar otra excursión veraniega. Va a Alemania, recorre el Rin; va de Estrasburgo a Bolonia, sin poder detenerse como quisiera en ningún sitio—esta vez va con billete circular—y especialmente en Bonn, donde nació Beethoven, privándonos por esta causa de otro

encantador y evocador relato, análogo al de «La casa de Shakespeare».

«Expirando aquel verano—anota aquí—volví a Madrid y apenas llegué a mi casa recibí la grata noticia de mi amigo, el insigne varón don José Ido del Sagrario, el cual me dió noticia de Juanito Santa Cruz y su esposa Jacinta; de doña Lupe, la de los pavos; de Barbarita, Mauricia, la Dura, la linda Fortunata y, por último, del famoso Estupiña».

Todas estas figuras, pertenecientes al mundo imaginario y abandonadas por su creador en las correrías veraniegas, adueñanse nuevamente de su voluntad, y entonces da fin a la primera parte de la gran novela, «Fortunata y Jacinta», cuyos tomos II y III publica el 88.

En esta época tiene Galdós dos obsesiones: escribir y viajar. Dar rienda suelta a la fantasía en la novela y esparcimiento máximo al músculo y al espíritu en sus excursiones estivales.

A grandes saltos y en síntesis extremas, nos habla en el IV y V capítulos de sus visitas, solo o acompañado, a Newcastle, Rotterdam y La Haya, de donde cruza a Berlín, después a Potsdam, hasta parar en Hamburgo. De allí a Altona, Kiel y Copenhague, y así a cien sitios llenos de interés y de los que nos da detalles suscintos y algo caóticos, porque en realidad, y desgraciadamente, no es éste, con valer tanto, el verdadero libro de «Memorias» que pudo haber escrito Galdós, el más fecundo y «vivido» de los escritores españoles de su siglo.

Ya en la ancianidad, ciego y «desmemoriado», dictó, que no escribió estas páginas (1) comentadas aquí e incluidas por nosotros entre sus «Obras inéditas», porque a falta de otro, siempre tendrían el enorme mérito documental para la historia literaria de esta gran figura que es Galdós y a quien el tiempo no hace sino agigantar a medida que pasa sobre las cosas y los hombres.

---

(1) Como toda su obra postrera.

## IV

Con su humorismo peculiar—el humorismo en Galdós no ha sido aún estudiado como merece—y su llaneza de grande hombre, nos habla ahora Galdós de la época en que escribiera «Miau». Fué a raíz de su viaje a Inglaterra: «A poco de llegar a Madrid ya estaba el español errante agarrado a sus cuartillas...; el frenesí de emborronar papel llevóme luego a trazar la «Incógnita», dándole forma epistolar. Inmediatamente emprendí «Realidad», que no es otra cosa que el mismo asunto desarrollado en diálogo a la manera teatral. No pensé entonces llevar esta obra a la escena y hubieron de pasar bastantes años hasta que «Realidad» apareciera en las candilejas y entre los lienzos pintados».

Y en seguida, en el otoño próximo, a Italia, en compañía de su dilecto amigo Pepe Alcalá Galiano, viaje que le da motivo a páginas deliciosas, aquellas monografías admirables—Roma, Verona, Venecia, Florencia, Padua, Bolonia, Nápoles y Pompeya—que figuran en el capítulo «Las ciudades», del volumen IX de sus «Obras inéditas», titulado «Viajes y fantasías».

Después...

Apenas regresado a Madrid ya está Galdós trazando, con febril actividad, el plan de otra novela: «Angel Guerra». Gran novela, gran plan por cierto.

«Promediaba el año de 1891—dice—cuando yo escribía las últimas páginas de «Angel Guerra». Con ardor infatigable acometí luego «Torquemada en la cruz».

Y henos ya aquí abocados a otro acontecimiento importantísimo en la vida artística de Galdós: el estreno de «Realidad» por la compañía de Emilio Mario. Los recuerdos teatrales están llenos de interés.

Ante nuestros ojos atónitos desfilan las grandes figuras de la época: intérpretes autores, críticos, y reconstituímos con la

imaginación el esplendor de las salas, la expectativa de los públicos, las noches inolvidables de los grandes estrenos de Galdós: «Realidad», «La loca de la casa», «La de San Quintín»—«el éxito más brillante y ruidoso que hasta entonces tuve en el teatro»—«Los condenados», «Voluntad», «Doña Perfecta», «La fiera»... a los que él llama con modestia única «mis ensayos teatrales».

## V

«Galdós, editor», es uno de los más curiosos capítulos de estas «Memorias». En él nos narra su autor las mil peripecias a que se vió expuesto como administrador de su propia y ya vastísima labor literaria.

En Madrid y en la calle de Hortaleza, número 132, piso bajo, instaló oficinas y allí dió comienzo a su doble función, con el peregrino resultado que nos cuenta con ingenuidad y gracejo, y el final desastroso ante la justicia, entre letrados, procuradores, jueces y peritos, proceso célebre en el que intervinieron don Antonio Maura, como abogado de su parte y don Gumercindo de Azcárate, como árbitro. «Este estudió detenida y concienzudamente el asunto—dice Galdós—y dictó un laudo que contenía más de cincuenta pronunciamientos, que dieron por terminado el enfadoso pleito...»

\* \* \*

Con una rapidísima semblanza de la reina doña Isabel, a quien visitó en París en 1901 y la promesa al director de «La Esfera», don Francisco Verdugo, de otro trabajo más extenso, sobre el mismo tema y que la muerte le impidió cumplir, se cierran los capítulos de estas «Memorias», verdadero y postrimer trabajo de Galdós, productor incansable, que las dictó desde su lecho de moribundo hasta el día anterior al que sus labios quedaron sellados para siempre.